



asalto para ordenar el saqueo. Los alemanes ejercieron entonces en Mantua cuanto es posible leer ó imaginar de más horrible respecto de una ciudad enemiga: el daño se estimó en 18.000.000 de escudos, además de las preciosas antigüedades que los Gonzagas habían reunido en su palacio, y de lo que no tiene precio, á saber, las violencias y las profanaciones.

No bastaba con esto; pues aquella repugnante soldadesca dejó á su paso la peste, de la que existía siempre un germen en los ejércitos. En los puntos de su tránsito empezaron á encontrarse cadáveres lividos, y aumentándose luego el azote, con ayuda de la incredulidad y de la imprevisión, se difundió de un modo terrible, y perecieron millares de personas en Lombardia y Venecia. Creció el rigor del mal, suponiéndolo propagado por unturas, de donde resultaron iras populares é iniquidades á nombre de la ley.

Tan horribles miserias no conmovían la atroz ineptitud ó la obstinada ambición de los dueños de Italia; y la guerra no cesó hasta que la peste hubo diezclado á los que saqueaban y á las víctimas, quedando desierto é inculto el país que los extranjeros se disputaban. Dícese que Carlos Manuel estaba de acuerdo con Waldstein á fin de intentar un gran golpe contra el Austria; pero á aquél le mataron los granaderos del emperador y á Carlos una apoplejía.

Victor Amadeo I, su sucesor, tuvo ocasion de demostrar talentos militares, hasta que por último el abate Mazzarino, tan célebre despues como ministro, celebró un convenio, al que siguió de cerca la paz de Ratisbona, que completó el tratado de Cherasco. Con la mediacion de Urbano VIII, se estipuló que los franceses y los imperiales saliesen de Italia, conservando, no obstante, el emperador las plazas de Mantua y Canneto, y la Francia á Pignerol, Briccherasco, Susa, Avigliana, mientras que el Mantuano y el Monferrato no se asegurasen al duque de Nevers, á quien el famoso fray José destinaba por jefe de la cruzada contra los turcos.

Victor Amadeo cedió de muy mala gana á los franceses la ciudad de Pignerol, llave de los Alpes, en compensacion de la cual Riche-

lieu le dejó que ocupase á Trino y una buena parte del Monferrato; pero habiéndose suscitado al poco tiempo nuevas hostilidades entre Austria y Francia, Richelieu le intimó la alianza ó la guerra; en consecuencia, tuvo que celebrar en Rivoli un convenio con Francia para conquistar el Milanesado y repartirlo con los duques de Mantua y Parma coligados. Urbano VIII favorecía aquella empresa; pero la Toscana, que no se veía expuesta, la miró con poco interés; los demas pueblos oscilaban, y Venecia conservaba su papel de pacificadora.

Los franceses llevaban la tácita intencion de hacer que les cediesen la Saboya; y para tener, además de Pignerol, el paso de la Valtellina, enviaron á ésta al duque Enrique de Rohan, que proclamándose, como de costumbre, protector de la libertad, ocupó el valle, é hizo allí magistralmente la guerra de montaña. Reuniéronse entonces contra él los lombardos, que acudieron del lago de Como, los tiroleses del Tonale, los alemanes del Braulio, tratando todos como enemigo á aquel desdichado país; pero Rohan los venció y restableció el orden. Entre tanto el mariscal de Crequí, más bien cazador que guerrero, pasó el Tesino por Buffalora, deseando á lo ménos saquear á Milan, pero le salió mal la empresa. Victor Amadeo, generalísimo de la liga, obró con irresolucion, porque hacia la guerra contra su voluntad, en consecuencia de lo cual los franceses se vieron obligados á retirarse; Crequí fué muerto; el gobernador español Leganés invadió el Piamonte, y se apoderó de Vercelli despues de una gloriosa resistencia: era, pues, el peligro de los más amenazadores, si la peste no hubiera podido más que la artillería.

Por otra parte, entre los grisonos, cuya libertad se disputaban las dos facciones de Francia y España, prevaleció esta última, é incitó á aquellos naturales á arrojar á los franceses; Rohan tuvo que acudir desde la Valtellina, y volverse pronto á su país, de donde, por envidia, no le enviaban los socorros necesarios. Entonces los valtellinenses hubieron de poner su destino en manos de España, que los restituyó á los grisonos.

Francia y España ambicionaban la posesion



del Piamonte, por lo cual dirigian sus miras á sumirlo en hondos trastornos; y mientras que Victor Amadeo combatía á favor de Francia, su hermano Tomás ponía su temible espada al servicio de España, y el cardenal Mauricio se habia constituido en Roma protector del Austria. Por tanto, cuando Victor Amadeo murió, y le sucedió Carlos Manuel II, de edad de cuatro años, España y Austria se empeñaron en dar la tutela á los tíos del niño, al paso que los franceses sostuvieron á madama Real, esto es, á su madre Cristina de Francia, hija de Enrique IV. Originóse de aquí gran confusion: los tíos se entendieron con España, hasta para enseñorearse del poder; el emperador exigió que Cristina presentase ante él sus derechos; y porque no quiso acceder á aquel acto de vasallaje se declaró á favor de los tíos. En suma, la independencia piamontesa estaba en gran peligro entre la vivacidad francesa, la lentitud española y las divisiones intestinas: una ciudad se armó contra otra; los galo-piamonteses lucharon con los hispano-piamonteses; todos asolaban los campos y mataban; y tanto los clérigos como los frailes tomaban parte en la lucha y atizaban los odios.

Leganés sorprendió á Cherasco; el príncipe Tomás sorprendió á Turin, pero las contestaciones que se suscitaron impidieron sitiar la ciudadela en que Madama se habia refugiado. Los franceses volaron á socorrerla; Casale tornó á ser campo de terribles batallas, el conde de Harcourt y el mariscal de Turenna alcanzaron allí inmortal fama. Tomás, despues de un sitio memorable, tuvo que entregar á Turin, y la mano de Richelieu suscitó enemigos á España en Cataluña, en Portugal y en el pequeño principado de Monaco, que habiendo degollado a guarnicion española, admitida por Luis Lando, tutor de Honorato II, recobró su independencia. Sin embargo, Cristina no consintió jamás en llevar á Francia á sus hijos, y se reconcilió con sus cuñados luego que éstos conocieron cuán raro se compra un trono recurriendo á la intervencion extranjera. En el tratado de Turin fué reconocida como tutora; Mauricio, dejando el claustro, gobernó ó más bien reinó en Niza, Tomás en Ivrea y Biella,

Luis XIII los tomó bajo su proteccion y les pagó un estipendio, con tal que se declarasen contra España, y por el tratado de Valentino cedió todas las plazas que tenia ocupadas, excepto la ciudadela de Turin.

Sin embargo, la calma no se restableció en el Monferrato, que Carlos de Nevers habia encontrado asolado por amigos y enemigos, por la guerra y la peste. Habiendo muerto su hijo, le sucedió su nieto Carlos II (ó III) bajo la tutela de la madre, á quien el gobernador, duque de Caracena, prometió ceder la disputada Casale, apenas se hubiese apoderado de ella, si consentia en separarse de la alianza de Francia. Lo hizo así, y ayudó á tomar aquella ciudad; perteneció de consiguiente á los Españoles, mientras que Francia, agitada por las guerras de la Fronda, perdía tambien á Piombino y Portolongone, que habia ocupado poco antes. Pero en cuanto Mazarino triunfó de aquellas turbulencias, restableció las cosas en su anterior estado, y celebró la paz de los Pirineos. Hablóse en ella de los italianos, sólo en calidad de amigos ó enemigos de las dos potencias, y se decidió que entre Saboya y Mantua rigiese el tratado de Cherasco; que el príncipe Grimaldi de Monaco sería perdonado y entraria en posesion de sus dominios; en fin, que el rey cristianísimo devolvería al monarca español las plazas de Mortaza y Valenza á orillas del Pó.

Pero Mantua estaba destinada á ser la causa de que no se pudiese asegurar la paz de Italia en aquel siglo. Carlos III (ó IV), que heredó tambien el ducado, siendo aún niño, contrajo, al adelantar en años, los vicios de sus padres; y disipando dinero en fiestas, y la salud en los placeres, perdió la esperanza de tener hijos. Por esto tornó á suscitarse la cuestion de sucesion; y pareciendo que la mujer del duque de Lorena, hija de la emperatriz, estaba llamada á heredar el Monferrato, el emperador comenzó á intrigar para asegurarle su posesion en vida del duque. Este, atribulado por los muchos que codiciaban la presa, mostró inclinarse á Luis XIV, y envió al conde Gerónimo Mattioli, natural de Bolonia, revestido de plenos poderes para arreglar el asunto con Louvois, quedando conve-



nida la entrega de Casale á Francia. Pero á su vuelta, el desleal Mattioli manifestó el tratado al conde de Melgar, gobernador de Milan; entonces Louvois, viendo frustrados sus proyectos, le tendió un lazo; habiendo logrado cogerle, le hizo encerrar en Pinerol; y trasladar luego de cárcel en cárcel, acompañado de Saint-Mas, á quien estaba encargada su custodia, hasta que murió en la Bastilla el año de 1703. Créese que Mattioli fué el misterioso personaje de que tanto

se ha hablado, conocido con el nombre de *Máscara de hierro*.

El tratado no tuvo efecto; pero no se calmó la avaricia de Luis XIV; y empleando aquel rey ora las lisonjas, ora las amenazas, indujo al duque de Mantua á dejar que Catinat pusiese guarnición en la fortaleza de Casale. Despues, cuando estalló la guerra, el comandante francés mandó prender al mantuano, y de este modo Casale permaneció en poder de los franceses hasta 1695.

La esperanza que habia renacido en los papas de que el mundo se someteria de nuevo á su dominio, se desvaneció en la paz de Westfalia, que constituyó legalmente protestante á la mitad de la Europa. Habian añadido á la potestad temporal el rico país de Ferrara, y poco despues el de Urbino: permanecian, sin embargo, sus rentas bien distantes de un estado floreciente, y les era preciso recurrir á menudo á empréstitos. Los montes, tan buscados en tiempo de Paulo V, perdieron su valor; aumentáronse las deudas en la época del emprendedor Urbano VIII, de tal manera, que en 1635 ascendian á 30.000.000 de escudos. Parte de esta suma se empleaba en ventaja general del catolicismo, y parte en los gastos del Estado, en guerras y en fábricas. Las nuevas constituciones y el temor á la opinion, impedian á los papas dar principados á sus sobrinos, pero les prodigaban riquezas; no era esto á la verdad á la verdad, un robo hecho al Estado, pues sólo consagraban á tal objeto el excedente del producto de la dignidad eclesiástica. Los parientes de Sixto V formaron una familia considerable, unida á las casas principales; pero los Aldobrandini les excedieron en poder en tiempo de Clemente VIII. Los Borghesi, en 1628, habian recibido de Paulo V 688,727 escudos en dinero, 24.600 en valores de los montes; empleos cuya adquisición hubiera costado 268.176 escudos, y además regalos en tierras, vajillas de plata, muebles y alhajas; pero aquella familia desarmó la

CAPÍTULO XXXIII.

Estado Pontificio.

La esperanza que habia renacido en los papas de que el mundo se someteria de nuevo á su dominio, se desvaneció en la paz de Westfalia, que constituyó legalmente protestante á la mitad de la Europa. Habian añadido á la potestad temporal el rico país de Ferrara, y poco despues el de Urbino: permanecian, sin embargo, sus rentas bien distantes de un estado floreciente, y les era preciso recurrir á menudo á empréstitos. Los montes, tan buscados en tiempo de Paulo V, perdieron su valor; aumentáronse las deudas en la época del emprendedor Urbano VIII, de tal manera, que en 1635 ascendian á 30.000.000 de escudos. Parte de esta suma se empleaba en ventaja general del catolicismo, y parte en los gastos del Estado, en guerras y en fábricas. Las nuevas constituciones y el temor á la opinion, impedian á los papas dar principados á sus sobrinos, pero les prodigaban riquezas; no era esto á la verdad á la verdad, un robo hecho al Estado, pues sólo consagraban á tal objeto el excedente del producto de la dignidad eclesiástica. Los parientes de Sixto V formaron una familia considerable, unida á las casas principales; pero los Aldobrandini les excedieron en poder en tiempo de Clemente VIII. Los Borghesi, en 1628, habian recibido de Paulo V 688,727 escudos en dinero, 24.600 en valores de los montes; empleos cuya adquisición hubiera costado 268.176 escudos, y además regalos en tierras, vajillas de plata, muebles y alhajas; pero aquella familia desarmó la

envidia que hubiera podido producir tanta opulencia, con su esplendidez y generosidad. Se calculó que tres hermanos Barberini recibieron 105.000.000 durante el pontificado de Urbano VIII el cual, habiendo preguntado á una comision cuánto podia dar el papa obtuvo por respuesta, que al papado iba necesariamente unido un principado temporal, y que de éste podia dar con toda liberalidad á su familia, fundar un mayorazgo de 30.000 escudos de renta líquidos y dotar doncellas hasta el valor de 180.000 escudos.

Con el dinero ó por medio de matrimonios, se proporcionaban tambien señoríos, ó se los concedian los reyes para ganarse el afecto de los papas: Ludovisi recibió de los Esforcia el principado de Fano, de los Farnesios, el de Fagarolo, y por matrimonio los de Venosa y Piombino. Cuando la familia Della Rovere, que reinaba en Urbino, se extinguió, los parientes instaban, los consejeros persuadian y los poderosos toleraban que Urbano VIII invistiese de aquefeudo á sus sobrinos; supo, sin embargo, resistirse, y reunió el ducado al patrimonio de la Santa Sede. Sólo dió á su sobrino Tadeo el empleo de prefecto de Roma, hereditario en la casa Della Rovere, y que, además de las consideraciones, producía 12.000 ducados anuales.

Todas aquellas familias habian establecido montes ó préstamos, asignando el pago á los acreedores sobre las rentas de sus bienes. Las tierras de Castro y de Ronciglione estaban hi-